

CON LOS OJOS CERRADOS, A TRAVÉS DE LA NOCHE¹⁵

El último enemigo vencido, dice san Pablo, será la muerte; el penúltimo, será el miedo. Reconocer en él un veneno diabólico ya es haberlo aplastado en parte; dice también el Apóstol que el Señor “nos ha elegido desde antes de la creación del mundo para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor” (Ef 1,4). Dios no espera de nosotros la perfección moral pues “sabe de qué barro hemos sido hechos, cuánta es nuestra fragilidad”. Lo que quiere es una caridad perfecta... ¿Qué significa esto? La perfección del amor consiste en expulsar el pánico poniéndose enteramente en las manos del Padre. Amamos a Dios en verdad cuando nos hemos tornado capaces de no tener ya miedo de él.

El temor justo

Existe ciertamente un temor de Dios bueno y necesario. La Biblia describe frecuentemente el temor de la criatura frente a su Creador, el temor reverencial del Hijo frente a su Padre del Cielo, y el del pecador frente al Dios tres veces santo.

Si Dios se revela como “amor”, lo hace por medio de diversos aspectos de su amor, entre los cuales se encuentra la “ira” de Dios. Esta tiene por finalidad hacernos huir hacia el amor, el único que puede salvar; se yergue contra todo lo que tiende a oponerse al amor, a rechazar su acción o a velar su testimonio.

La ira no pasará puesto que es el amor mismo. El Evangelio nos lo muestra y nos previene: el Cordero que viene a salvar se irrita frente al endurecimiento que le cierra el paso. Y en el último día: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna, pero el que no quiere creer al Hijo no verá la vida, sino que la cólera de Dios quedará sobre él” (Jn 3,36).

El amor, en efecto, posee exigencias inseparables de su don gratuito; y precisamente el presentimiento de esas exigencias hace que el hombre tenga miedo del amor mismo. La fe en el Amor es apertura a su acción liberadora en nosotros Y apertura a esa misma acción que quiere ser ejercida por medio de nosotros, hechos testigos fieles. ¡Por medio de nosotros! Hasta allí llega el Amor: hace de los pecadores cooperadores de su obra. Dios nos destina a ser hijos suyos adoptivos, por el amor que nos tiene, por el amor que nos comunica y que es lo único que nos hace capaces de amar como hijos. Por su sabiduría nos hace conocer el misterio de su designio a fin de que nosotros cooperemos con él. De este modo, la ira divina será un aspecto eterno del amor que salva.

El temor falso

Pero, junto a este temor, que proviene del amor, aceptado o rechazado, existe un miedo que es menester repeler. Este miedo no proviene de Dios-Amor, tal como El se nos ha revelado, tal como es objetivamente; proviene de una caricatura de Dios, impresa en nosotros por el pecado original: nace de la duda. Todo el campo de nuestra vida está invadido por el miedo: Dios da miedo; es muy difícil creer en su amor. Los otros, tanto en su ser profundo como por sus opiniones, nos inquietan; en cuanto a nosotros, procuramos por perpetuos deseos de cambio, huir de nosotros mismos; todo nos aterra: el trabajo, las responsabilidades, los riesgos. La enfermedad, la vida, la muerte son para nosotros motivos de miedo angustiante y paralizante. El miedo -foco intenso de sugestión hacia el mal- es negativo por excelencia: el miedo al peligro hace nacer el peligro, el miedo a las complicaciones, crea las complicaciones, el miedo a la enfermedad a menudo engendra enfermedades.

¹⁵ De *La Vie Spirituelle*, n. 626, Mai-Juin 1978. Tradujo: Hna. Paula Debussy, osb. Santa Escolástica.

Algunos manifiestan su miedo: es humillante para ellos y fastidioso para los demás; pero por eso mismo se liberan de él en cierta medida. Hay quienes saben esconder su miedo; pero entonces hace estragos en el inconsciente, falsea los mecanismos del cuerpo y del pensamiento. Otros imaginan que no tienen miedo; ocurre bastante a menudo que cuanto menos firme es una personalidad tanto mayor necesidad experimenta de afirmarse, de enmascarar el miedo, aunque más no sea para persuadirse a sí misma de su propia existencia y de su valor. Pero estas manifestaciones pasajeras en nada suprimen el miedo. En realidad pocos son los hombres que escapan al miedo. Los miedos más intensos son el lote de los más poderosos, que en la medida en que los hayan vencido llegan a ser dueños de sí y del mundo.

Origen de este miedo

Este miedo es una de las consecuencias del pecado original, en cuanto este pecado ha herido nuestra voluntad. ¿Cuál es el signo y la causa del pecado? La duda. Y el salario inmediato del pecado fue el miedo y la huida.

Cualquiera haya sido la misteriosa prueba de los ángeles, deben haber sido ellos los primeros en tener que creer en el amor de su Señor, en la iniciativa del amor de Dios. Satanás desconfió; no quiso perder su alma, dar su vida para recibirla nuevamente, divinizada, de la super generosidad de Dios. Se quedó atado, tenso, tullido en su duda y todo su esfuerzo posterior ha sido el de infligir su deformidad al hombre a quien envidiaba por causa de la Encarnación del Hijo de Dios.

El hombre debía soportar la misma prueba que los ángeles para merecer la gracia, y la tentación habría estado suficientemente arraigada en su corazón de creatura ante la opción entre los dos señores, los dos amores. “¿Tendré un amo o seré yo mi propio amo? ¿Agradeceré el don del amor o me lo apropiaré como lo hizo Satanás?”. Dios no tienta al mal, pero somete a prueba y esta prueba obliga a una opción en la cual la duda puede hallar un lugar. Ocurrió que en realidad el demonio optó por intervenir para tentar a Eva.

El drama del hombre es el de ser una creatura cambiante, pero libre de asumir voluntariamente su permanencia en la dirección inicial. El tentador no se había mantenido en la verdad, es decir, en la fidelidad. Separado del amor que es la vida de Dios, se ha hecho mentira y padre de la mentira, y esta mentira consiste en hacer creer al hombre que Dios no es amor, sino un ser soberbiamente aislado, celoso de sus prerrogativas, interesado, “un señor duro que cosecha donde no ha sembrado”.

Esto es el núcleo del pecado; rebelión ciertamente, pero ante todo el hecho de creer que Dios es capaz de rehusar por celos un bien deseable para el hombre. El hombre ha tenido sospechas de Dios. Y esto es lo que ha herido a Dios en su corazón.

El miedo y la huida fueron pues las consecuencias inmediatas del pecado. Pues la duda ya es una especie de miedo, miedo a una sabiduría que no sería amor. El miedo que sigue a la duda aceptada, al pecado fundamental, miedo de una sabiduría egoísta, de un poder vindicativo...

La humanidad debió esperar hasta que Jesús nos revelase la sabiduría y el poder del amor, por la locura y la debilidad de su carne crucificada y resucitada. Desde aquel primer momento no cesamos de huir de Dios, de hundirnos en la noche para escondernos de él como Adán y Eva en el Jardín. Es el miedo el sentimiento que inspira la respuesta de Adán a Dios después del pecado: “Tuve miedo porque estaba desnudo, y por eso me escondí...”.

De este instante de confusión, de esta ruptura del equilibrio, se acuerda el alma cuando el miedo la invade y la paraliza. El miedo no habita nuestro yo profundo, donde permanece la gracia, sino nuestra personalidad secundaria, la superficie, la corteza de nuestra personalidad profunda: de esa parte de nuestro yo desquiciada por el pecado original.

Cristo es el que libera

¿Con qué condición se realizará el designio de la salvación? A condición de que creamos en el amor que Dios nos tiene; que nos abramos a ese don que nos quiere hacer de un amor filial: el mismo amor que tiene Cristo a su Padre.

En el dolor que le provoca el rechazo de su amor, Dios hubiera podido decir al hombre: “Hijo mío, ¿cómo has podido pensar semejante cosa? ¿Cómo se ha pervertido tu corazón hasta el extremo de dudar de lo que constituye la esencia misma de mi ser: el amor?”. La réplica de Dios ni siquiera fue este reproche de un corazón paterno herido, sino la promesa del Salvador, el único que revelaría el secreto del corazón de Dios a sus pobres hijos trastornados por la ponzoña diabólica. Para acercarse a nosotros sin aumentar nuestro miedo, Dios se hizo un niño pequeño. ¿Quién tendría miedo de un niño? Lo hizo, no por táctica sino por una necesidad espontánea de su naturaleza divina, porque en Dios hay algo de verdaderamente simple y pequeño como un niño... La prueba está en que Dios quiere solamente “niños” en el Reino.

Luego, poco a poco, Jesús se adentró en la noche de nuestra duda y de nuestro miedo, hasta Getsemaní. Pero, mientras Adán, bajo el efecto del miedo se escondía de Dios, Cristo se mantuvo firme en medio de la angustia y volvió a Dios por el anonadamiento y la muerte a sí mismo. Quiso tener miedo por nosotros, tuvo miedo para que nosotros ya no lo tengamos, salvo que no creamos en su amor. Quiso tener miedo para liberarnos del miedo, liberación cuyo camino nos ha abierto al decir: “Padre, como tú quieras...”. Oración filial que se va a prolongar en la cruz. Jesús tuvo miedo, y fue crucificado, no ante todo para que nosotros lo amáramos, sino porque él nos amaba.

Puesto que nuestro miedo es original, consecuencia del pecado, puesto que Jesús nos ha vuelto a unir con él a través del miedo y de la muerte, y que, una vez resucitado, ha absorbido nuestros miedos, estos han corrido la misma suerte que el pecado: han sido reducidos a la nada, asumidos por Cristo.

La fe es la apertura al amor, por eso es el único camino de la salvación. Quien se niega a entrar por este camino atrae sobre sí la cólera del amor, cólera sin apelación; quien cree en el amor revelado en Jesús está a salvo de la cólera. En adelante la sola actitud nuestra será “dejarnos llevar por Jesús, con ojos cerrados, a través de la noche”.

Todo el esfuerzo de nuestra vida es purgarnos de la duda y del miedo, ese veneno de sospecha respecto al Amor que es la definición misma de Dios, para llegar así a la plenitud de la confianza. “La perfección de la caridad es estar sin temor en el día del juicio”. Y este juicio pertenece tanto al día de hoy como al último día. No quiero decir que nos sintamos con la conciencia tranquila o capaces de obrar el bien por nosotros mismos: sabemos que nada podemos hacer sobrenaturalmente por nosotros mismos y que somos grandes pecadores hasta llegar a ser presa del vértigo. Pero si miramos al Señor sin una sombra de sospecha lo veremos tal como es, plenitud de amor, y nuestro corazón se afirmará; se abrirá no al desánimo o al castigo, sino a la invasión de la misericordia, lo que suscitará nuestra propia donación. La única pregunta que nos hará nuestro Padre será: “Hijo, ¿por qué dudaste? ¿Por qué me tuviste miedo?”. Si entonces, aunque sea con un hilo de voz acertamos a decir: “No, yo sé que eres el Amor”, nos responderá: “¡Entra en el gozo de tu Señor!”.

Nuestra victoria sobre la duda y el miedo es Jesús, el Emmanuel, Dios-con nosotros. Sea cual fuere la necesidad en que nos encontremos, el pecado en el que nos debatimos, repitamos este grito de triunfo, resumen de toda nuestra fe, respuesta de Dios a nuestro miedo: ¡Jesús! Por él, la noche se tornará día, la mentira verdad-amor, el miedo, un abandono total y eterno al Amor.

¿No es esta confianza de todos los instantes y también para el día del Juicio, lo que el Señor espera de su Iglesia para introducirla en el Reino?

Cuando anunciaban el advenimiento del Señor, los Profetas debían atenerse a descripciones terroríficas; por eso extraña a medias que ateniéndose a la letra de la Biblia, los judíos no hayan reconocido al Mesías en el día de su venida. ¿Dónde estaban en el pesebre los rayos que debían precederle? No vino a juzgar sino a salvar.

Y su Resurrección, que inaugura los tiempos nuevos, ¿de qué pompa estuvo rodeada? ¿Hubo alguien en todo el mundo que se enterara en el preciso instante en que el Hijo de Dios había vencido a la muerte? ¡Qué modestia en esa victoria! ¿Y la Ascensión? ¿Dónde estaba el sonido de trompetas y el estrépito de los carros de triunfo? Pues bien, es una victoria del Amor; por eso hay tan poco lugar para el ruido exterior, el despliegue de poder, la gloria tal como nos gusta imaginarla.

Pero nosotros necesitamos espectáculos. Inconscientemente diferimos para otro momento la realización de estas profecías aterradoras, de ese gran desbarajuste que por fin restablecerá la justicia por la fuerza. Cuando subían a los Olivos para la Ascensión, los Apóstoles esperaban la revancha deslumbrante. Después de la Ascensión quedan boquiabiertos ¿eso era todo? Fue necesario que los ángeles les recordasen: “Vendrá como se ha ido”, con bondad, bendiciendo a los hombres.

La Iglesia debió madurar en su meditación sobre el Apocalipsis: san Pablo se engañó al creer en la inminencia de la Parusía; san Juan tiene ya un sentido más contemplativo de esta consumación en el amor. Por otra parte, ¿qué agregaría un acontecimiento espectacular a la revelación del amor? El fuego del último día a través del cual ya estamos salvados, ¿es acaso otra cosa que la bondad de Dios, el fuego más sutil y más quemante para lo que ha de ser quemado en nosotros? Teresa de Lisieux lo presentía: se levantará para salvar a todos los mansos de la tierra.

¿Por qué insistir tan exclusivamente acerca de la ruptura entre esta tierra y el Reino? La “vida del cielo” ya ha comenzado en la tierra, gracias a la fe que nos abre a la caridad del Hijo. Sin duda que hay una ruptura radical entre la vida según la carne y la vida según el Espíritu, pero, en el día del Señor habrá a la vez ruptura y continuidad como hay ruptura y continuidad entre la antigua y la nueva Alianza. El vuelco anunciado por el *Magnificat* y realizado en el día del Señor será radical, pero será obra de la bondad divina.

Por eso, creciendo colectivamente en la caridad comprenderá la Iglesia cada vez mejor el tiempo y los momentos de su consumación. Verá a Dios tal como es porque se habrá tornado semejante a él. Verá todas las cosas en la verdad del amor porque la caridad de Dios la habrá ajustado desde adentro.

Dudar de Dios, tener miedo, es apartar el rostro de la plena luz que emana del rostro de Dios, dejar de mirarlo como amor misericordioso. No hay contradicción entre esta afirmación y la conciencia viva que podemos tener de nuestro pecado. ¡Muy al contrario! Es a fuerza de experimentar nuestra impotencia y de ser perdonados que entramos más y más en la profundidad del amor misericordioso. En el postrer ocaso podremos tener el corazón contrito y humillado, destrozado por no haber llegado a amar; pero sabremos con certeza que nuestra impotencia no limita el poder de Dios, su poder de amor, sino que lo libera. El Padre leerá en nuestra mirada de hijo puesta en él, nuestro inmenso dolor por ser tan miserables, pero, al mismo tiempo, nuestra confianza radiante en su bondad de Padre. “Seremos semejantes a él y lo veremos tal cual es porque, desde esta tierra lo habremos creído tal cual es”, en la sencillez de nuestros corazones de hijos. Estaremos en su presencia desnudos y verdaderos, humildes y confiados.

Si creemos que Dios es tal como es, seremos liberados para siempre del miedo y el Tentador tendrá miedo de nosotros.